

01. GENERAL- MENCEY

01.4. DE CONSUMO DE ÉLITE A BASURILLAS DE POSTÍN

Tal como apunta Rosalind H. Williams, al iniciarse el siglo XX la cultura de consumo de masas estará ya asentada, como se encargará de demostrar exposición universal de París de 1900. El “consumo ostensible” teorizado, en ese mismo tiempo, por Veblen¹ se daba la mano con las formas tradicionales de consumo de lujo de las clases más privilegiadas; en ambos casos el consumidor trata de realizar sus fantasías a través de la mercancía. El consumo burgués es también un mundo soñado. En los tiempos prerrevolucionarios los sueños de la burguesía fueron siempre ascender al rango de la aristocracia², no sólo se editarán manuales de buen comportamiento sino que arrancará un mercado de toda suerte de artefactos que decoraban la vida como una escenografía versaillesca. Según la misma Rosalind, la diferencia entre los consumidores no será el consumo en sí, sino las fantasías que tales consumos pretenden alcanzar. Así, la proliferación de consumidores trajo consigo la proliferación de las imágenes y las fantasías asociadas a esas imágenes. De hecho el kitsch es contemporáneo de esta expansión de los productos y los compradores. Las mismas ideas del lujo visible, del estatus mostrado por los productos adquiridos, y de ocio vicario necesario para comprar generarán esos nuevos mundos soñados.

Al crecer la producción crecerá igualmente la variedad y esta que la autoridad de un estilo burgués homogéneo de consumo se cuestionase. La noción de experimentación comenzará a triunfar sobre la de obediencia a la hora de establecer los modelos de consumo, y la posibilidad de nuevos estilos y modelos se expandió al infinito. Esta multiplicación de estilos de consumo es teorizada por Williams en dos tendencias; el consumo elitista y el consumo democrático. Los dandys, herederos de un exquisito Brummell, serán para Williams los originadores de este consumo de élite al rechazar las constricciones de la sociedad burguesa, su idea de practicidad, utilidad y ahorro. “Estos últimos cortesanos, los dandys, se estaban rebelando contra el futuro, y todavía al redefinir la aristocracia se convirtieron en profetas sociales. Los aspectos residuales del dandysmo se mezclaran con otros nuevos y emergentes; en su revival de un mundo social moribundo se convirtieron en los creadores de un nuevo mundo soñado del consumidor elitista”³. Los artistas que optaron por el dandysmo más ortodoxo vivirán soñando una excepcionalidad espiritual pendientes, en todo momento y de un modo casi esclavo, a los matices que les definirán como seres superiores. Sin embargo muchos de ellos, menos ortodoxos, no querrán rodearse de lo que el mercado de su momento pudiera ofrecerles sino que, o bien viajarán para localizar las piezas más exóticas o simplemente las robaran o encontrarán negándose a introducirse en el engranaje de la oferta y la demanda al uso.

El mismo Oscar Wilde encontrará cada día más difícil dar con esos supuestos matices distintivos para su elevado espíritu de oposición, “encuentro una dificultad creciente en expresar mi originalidad a través de mi elección de chaleco y corbata”⁴. Un modo de solucionar esta dificultad, sobrevenida por el desarrollo industrial, será poner un mayor énfasis en la distinción a través de otras posesiones, especialmente en la decoración de la casa de uno. A finales del XIX los dandys se obsesionaron por los objetos extraños, bizarros y, a ser

¹ VEBLEN, Thorstein: *Teoría de la Clase Ociosa*. Fondo de Cultura Económica 1974. Publicado por primera vez como *The Theory of the Leisure Class: an economic study of institutions*, 1899

² WILLIAMS, Rosalind H.: *Dream Worlds: Mass Consumption in Late Nineteenth-Century France*. University of California Press. Berkeley, 1991, p. 180

³ Ibid, p. 111

⁴ MOERS, Ellen: *The Dandy. Brummell to Beerbohm*. University of Nebraska Press. Lincoln and London. 1978, pp. 20-21

posible, inútiles. Por ejemplo, los hermanos Goncourt, Jules (1830-1870) y Edmond (1822-1896) adquirirán el hábito de rondar por las tiendas de antigüedades parisinas, y en 1868 comprarán una casa para atesorar todos sus encuentros casuales. Edmond de hecho escribirá un libro entero dedicado a este asunto de la decoración, *La Maison d'un artiste*, de 1881. Objetos del pasado se mezclarán con objetos exóticos, buscando siempre cierta ambivalencia de sentidos. En esta suerte de museo privado crearán una sociedad elegida a su gusto, en la que la vulgaridad estará erradicada. Una fortaleza que los protegerá de la amenazante sociedad mediocre y uniformada. Esta estrategia se repetirá en otros autores y otras autoras a lo largo de la historia del siglo XX, desde Romaine Brooks hasta Andy Warhol.

Por ejemplo George Biddle fue a visitar a la Baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven, la baronesa dandy y reina dadá, a su casa en la calle catorce de Greenwich Village, el barrio ciudadela donde nuestra esta dama se dejaba ver y vivía. Remarcará primero el agudo olor, un perfume punzante que emanaba de su estudio-museo y de su mismo cuerpo. Como el mismo Biddle remarcará:

Era un loft sin calefacción en la calle 14. Estaba atestado y apestaba con extrañas reliquias que ella había sacado en años de búsqueda por las alcantarillas de Nueva York. Viejos pedazos de cacharrería de hierro, neumáticos de coche, vegetales dorados, una docena de perros hambrientos, pinturas de celuloide, latas de cenizas, todos los horrores concebibles, los cuales para su tormentosa, aunque altamente sensibilizada percepción, se convertían en objetos de belleza formal. Y, exceptuando el trágico y siniestro entorno, habría de ser tan auténtico como, por ejemplo, el estudio de Brancusi en París, el de Picabia, o alguna de las muchas exposiciones del trabajo de los niños, de los lunáticos, de los dadaístas o surrealistas, los cuales en su revolución absorbían a los intelectuales de París y Nueva York⁵

La Baronesa si que conseguirá siempre diferenciarse con sus repetidos hurtos y sus extravagantes atuendos re-interpretando cualquier objeto que llegase a su alcance. Jamás empleará nada como el resto lo empleaba, encontrando esa magia cotidiana en cada una de sus acciones diarias. Sin embargo, los menos radicales caerán una y otra vez en la paradoja, o en el callejón sin salida de la imposibilidad: “¿Cómo será posible, cuando todo el mundo puede jugar a la aristocracia, identificar a los tipos más auténticos?”⁶. La diferenciación, vemos nosotros, se dará la vuelta y mostrará la otra cara de la misma moneda. Obviamente la burguesía enriquecida se rodeará de todos aquellos objetos que, más o menos nobles, pretendían imitar un tiempo pasado y un orgullo de casta prefabricada, ya que no se era, por naturaleza, aristocrático, al menos, que se pareciese. Aunque claro la misma noción de aristocracia estaría, de entrada, poco pensada y mucho peor digerida. Las tácticas de los dandys, que si sabían de aristocracia, esta encorseta elegancia con pretensiones no podía interesarles en absoluto.

El campo de acción, y diferenciación, debió ser revisado y se pasó a una suerte de aristocracia de intemperie, que llamaría Juan Ramón Jiménez. Una nueva aristocracia que hallaría sus fuentes en la calle, y en los desperdicios, en los fragmentos y los abandonos, en lo menospreciado y roto. En todo lo que la clase media despreciará. Aquí asistiremos a la revisión de lo que es o no es concebido como artístico o digno de ser elevado a la categoría de arte. No sólo la poética del objeto encontrado formará la artillería dandyficada, también todos esos productos que podríamos llamar horribles, u horterisimas. Los productos inútiles, chirriantes, absurdos, brillantes, aquellos que imitan una añorada aristocracia sin disimulo, obviamente, descaradamente, objetos que no pretenden ser más de lo que son, remedos plasticos de utensilios de cuentos, sueños o incluso, pesadillas. Los productos industriales del

⁵ BIDDLE, George: *An American Artist's Story*. Little, Brown. Boston. 1939, p. 140

⁶ WILLIAMS, Rosalind H.: *Dream Worlds: Mass Consumption in Late Nineteenth-Century France*. University of California Press. Berkeley. 1991, p. 126

todo a veinte duros, o a un euro, se hacen arte puro por el puro placer de epatar. Los restos de objetos que antes fueron algo, todo lo desechado, olvidado, abandonado, roto, fragmentado vuelca su belleza poética al ojo bien entrenado. La superioridad espiritual del dandy se reflejará en esa mirada entrenada que sabrá encontrar dentro del maremágnum industrial y de la acumulación de basuras de nuestra sociedad, el valor poético, un valor poético que estará siempre pero camuflado, dormido en algún rincón esperando a ese ser, entrenado en el lujo y con una sensibilidad afilada, lo despierte.

Así pues ni las tesis de Rosalind Williams que restringe al dandy a ese ser social rigidizado en un origen estrictamente británico, ni las tesis de Cirauqui, quien igualmente sólo ve dandysmo en la elección de objetos y atuendos ortodoxos, aparecen acertadas a la evolución real del dandy, de ese ser que elige su vida como un “ethos” a contrapelo. Una vida de una fuerza y una tarea permanente, una ascesis que busca alejarse lo más posible de la clase social a la que, pese a sí mismo, pertenece, la aborrecida burguesía y la corrección de los bienpensantes.